Javier López Alós

Homo postacademicus

De la reproducción a la supervivencia



eug

Homo postacademicus

De la reproducción a la supervivencia

Javier López Alós

Homo postacademicus

De la reproducción a la supervivencia

GRANADA
2026

Colección Filosofía y Pensamiento
Serie Ensayos

Dirección: Luis Sáez Rueda, Óscar Barroso Fernández
y Javier de la Higuera Espín.

Comité científico: Luis Arenas Llopis (U. Valencia); Remedios Ávila Crespo (U. de Granada); María Eugenia Borsani (U. N. del Comahue. Neuquén, Argentina); Antonio Campillo Meseguer (U. de Murcia); Germán Cano Cuenca (U. Complutense de Madrid); Andrés Covarrubias Correa (U. Católica de Chile); Manuel Cruz Rodríguez (U. de Barcelona); Marina Garcés Mascareñas (U. de Girona); María José Guerra Palmero (U. de La Laguna); Alain Jugnon (Lycée Lamartine de Mâcon. Francia); Johannes Kabatek (U. de Zürich, Suiza); Delia Manzanero Fernández (U. Rey Juan Carlos); Fernando Martínez Manrique (U. de Granada); Armando Mascolo (ISPF–CNR. Nápoles); Paulina Rivero Weber (UNAM, México); Carmen Rodríguez Martín (U. de Granada); Johannes Rohbeck (U. de Dresden. Alemania).



Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de Ayudas a la Creación Literaria correspondientes al año 2022.

© Javier López Alós
© Universidad de Granada
ISBN: 978-84-338-7787-1

Edita: Editorial Universidad de Granada - Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada - Telf.: 958 243 930 - 958 246 220
www.editorial.ugr.es

Maquetación: Javier Cervilla García, Granada
Diseño de cubierta: TADIGRA, Granada

Printed in Spain *Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Otra forma de apelar a otra topología; la universidad sin condición no se sitúa necesaria ni exclusivamente en el recinto de lo que se denomina hoy la universidad. No está necesaria, exclusiva, ni ejemplarmente representada en la figura del profesor. Tiene lugar, busca su lugar en todas partes en donde esa incondicionalidad puede anunciarse. En todas partes en donde ella da, quizá, que pensar y se da, quizá, para ser pensada. A veces, más allá incluso, sin duda, de una lógica y de un léxico de la «condición».

J. Derrida: *La universidad sin condición*, p. 76.

Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Mateo, 25:29-30.

Índice

Prefacio 13

Introducción 15
Hipótesis de partida 18
Cuestiones de estructura y método 23
Más allá de la universidad… española 27
La universidad: sin embargo, todavía 30
Entender el rechazo 34
Agradecimientos 38

Primera parte
HOMO POSTACADEMICUS

Capítulo 1. *Homo postacademicus* 41
Contexto y concepto del *Homo postacademicus* 43
El género y el prefijo 45
Postacademia 49

Capítulo 2. Más allá de la universidad 53
En torno a la condición 54
El discurso y la crítica 58

Capítulo 3. Burocracia e identidad académica 65
Espera y expectativa 67
Aplicación y currículum 73
El *paper* como género burocrático 77

Segunda parte

EL GIRO MALTUSIANO DE LA UNIVERSIDAD

Capítulo 4. Breve introducción al maltusianismo académico . 85
Políticas de población ... 87
La trampa neomaltusiana ... 89
Extractivismo, hiperespecialización y supervivencia ... 91

Capítulo 5. Excelencia, meritocracia y desigualdad ... 95
Excelencia ... 96
Meritocracia ... 102
Fábricas de resentimiento ... 107

Capítulo 6. La movilidad y sus usos ... 111
El principio de movilidad y la internacionalización ... 112
Optimización y selección ... 115
Propósito y justificación ... 118
El factor soledad ... 121

Capítulo 7. Endogamia ... 125
Precisiones ... 127
Acabar con la endogamia ... 129

Tercera parte

ADAPTACIÓN

Capítulo 8. Adaptación a la norma y *ethos* de la ciencia ... 137
Adaptarse a qué, adaptarse cómo ... 139
Pensar distinto, cumplir igual ... 142
Razones para la anomia ... 148
El sustrato mertoniano ... 151

Capítulo 9. Mala praxis como adaptación. El caso del plagio . 155
El plagio, enfermedad infantil del capitalismo académico ... 160
El plagio como abuso ... 164
¿Pero es el plagio una epidemia? ... 168
Una última vuelta de tuerca: la IA ... 174

Cuarta parte

RESISTENCIAS

Capítulo 10. Cuando las prácticas son razones 181
Otros tiempos 183
Teoría, práctica(s), afectos 186
Lo de dentro y lo de afuera 193

Capítulo 11. Decir no para poder decir sí 201
Reorganizar la distribución 205
Otras universidades 208
Cuestiones de salud, cuestiones públicas 211
Final 214

Bibliografía citada 219

Prefacio

Soy y no soy un académico. Cumplo requisitos biográficos y administrativos para ser considerado así, pero lo cierto es que hace ya algunos años que decidí abandonar la carrera académica y explorar otras vías para, precisamente, poder desarrollar el tipo de inquietudes que me habían llevado a ese camino. Luego, a veces, he pensado en volver. Soy y no soy, digo en una contradicción que no siempre es fácil de habitar y sobre la que empecé a pensar mucho antes de aquella decisión de salirme. El abandono correspondería al tipo de respuesta adaptativa que, no exactamente para describir el mundo académico, el sociólogo Robert K. Merton catalogó como retraimiento. Me parece que tal es el paso que una parte significativa del precariado intelectual termina dando en algún momento y que le condena a una existencia a menudo bastante penosa desde los márgenes de la esfera cultural. Apartarse y no querer saber nada más de una vida anterior en la que uno se sintió defraudado es, ni más ni menos, una de las posibilidades. A nivel personal, *Crítica de la razón precaria* tuvo como propósito poner las bases para el paso de esa condición de precario intelectual a la de intelectual plebeyo y, junto al ensayo así titulado, una adaptación ya no retraída, sino rebelde. Es decir, un cuestionamiento tanto de los medios como de los valores dominantes en la vida intelectual y la exploración activa de alternativas a los mismos. Por ello, aunque cada uno tiene su carácter autónomo, sus propósitos y su metodología, el libro que aquí empieza es para mí una consecuencia natural de los anteriores y forma parte de un mismo impulso.

Confío en que se entienda el porqué de esta breve apertura. No creo que sea del todo justo hurtar al lector o lectora cierta información acerca de quién escribe este libro, en la exclusiva medida en que, por decirlo en términos de Bourdieu, su *posición de campo* pueda afectar su explicación del mismo. Como mínimo, puede servir a *objetivar la objetivación* que aquí se propone, lo cual implica tener que mostrar algunas cosas. Ni puedo ni quie-

ro negar que, entre otras razones, estas reflexiones están motivadas por mi propia experiencia personal en el contexto académico, incluida la que tengo una vez perdida toda vinculación formal con éste. Como me ocurriera con *Crítica de la razón precaria*, entiendo que la relevancia de esa experiencia personal es que no tiene nada de particular y que además es cada vez más frecuente. En esta ocasión, la de un sujeto cuya forma de comprenderse a sí mismo y la forma en que es comprendido por bastantes de quienes le conocen está atravesada por la condición académica, por más que carezca de cualquier relación institucional con ella. Resulta además que este sujeto escribe y trata de llevar a cabo una conversión que el sociólogo francés llamaría del sujeto empírico al epistémico, y que esa operación resulta del interés de otros académicos, muchos de ellos adscritos laboralmente a la universidad. De este modo, por unas causas o por otras, sigo ligado a la institución universitaria y sus gentes. Esta relación entre el adentro y el afuera, satisfactoria a nivel personal en muchos sentidos, me ha generado sin embargo multitud de preguntas y sentimientos ambivalentes a lo largo de estos años. Parte de tales inquietudes, las que creo pueden ser de provecho público, son las que plasmo en este *Homo postacademicus* con la esperanza de haber sabido separar, en el caso propio y el ajeno y con el rigor debido, el *sujeto empírico* del *sujeto epistémico*.

Introducción

El desarrollo del programa neoliberal desde las últimas décadas del siglo xx —en aguda crisis a partir del segundo mandato de Donald Trump en 2025— ha supuesto transformaciones de enorme calado en prácticamente todas las instancias de la vida, con ritmos de implantación diferentes según sectores y países hasta tornarse en un fenómeno global. Desde su impacto social y en el medioambiente a la manera en que se ha configurado un capitalismo emocional que produce y evalúa sentimientos y deseos en términos de inversión y rendimiento, es difícil encontrar instancias que no hayan sido colonizadas aún por la lógica competitiva de la maximización del beneficio. Las páginas que siguen son un conjunto de reflexiones acerca de la manera en que varios de estos cambios, hijos del paradigma neoliberal, afectan a la universidad y a la investigación científica, en suma, a la propia condición académica. Propongo pensar qué surge de ahí y, para bien o para mal, qué podemos esperar. Desde este punto de vista, se trata de una labor de interpretación.

Éste no es un libro *únicamente* sobre la universidad. Es un libro sobre un después, un más allá de la universidad, una indagación acerca de algunas consecuencias de las lógicas actuales en la institución y las personas a ella vinculadas. Por eso, no se presenta como una investigación empírica sobre la universidad neoliberal en el mundo o en España, sino que atiende a cuáles pueden considerarse rasgos comunes o líneas de fuerza significativas de este objeto en nuestro tiempo y entrever aquello que, aunque da señales de su presencia, todavía no es del todo descriptible. En todo caso, no se quiere especular en el vacío y se apoya en un buen número de trabajos académicos y no académicos en torno a cuestiones universitarias y a la producción de subjetividad de nuestra época que, a mi juicio, pueden servir a la comprensión de las transformaciones de las que nuestro *postacademicus* habla. Como explicaré más adelante, y ésta es una diferencia con respecto al clásico de

Pierre Bourdieu[1], aquí no nos estamos preguntando por el modo en que se producen las élites universitarias o sus mecanismos de reclutamiento, sino por la posibilidad de su misma continuidad. No es, por tanto, una investigación sobre el poder universitario. En cierto modo, podría decirse que más bien lo contrario: es una investigación sobre la impotencia universitaria, su percepción, sus perspectivas y las respuestas adaptativas que surgen de una nueva realidad.

Lo diré de entrada y lo iré argumentando a lo largo de varios capítulos: a medio plazo, el paradigma neodarwinista imperante en el gobierno y funcionamiento de las instituciones universitarias compromete seriamente la supervivencia de la mayor parte de ellas, forzándolas a la desaparición o a mutaciones de tal calibre que las vuelva algo irreconocible y por completo extraño a lo que aún hoy entendemos por universidades.

No presento esta conclusión como el resultado de ningún plan o conspiración, sino como un desarrollo plausible de lógicas que están operando con extraordinaria eficacia y, en cierto modo, ya con notable autonomía. La naturalización neoliberal es de tal grado que sencillamente hemos llegado a un punto en el que parece imposible imaginar que las cosas puedan funcionar de otro modo. Esto ocurre también en el seno de la esfera cultural y, más en concreto, de la institución universitaria, precisamente los ámbitos desde los que más posibilidades hay para la generación intelectual de alternativas a lo existente. En el fondo, y ello encierra una dimensión trágica de nuestra época, la racionalidad neoliberal propicia que la autodestrucción sea una conclusión del todo coherente. Ocurre con la vida humana en el planeta, ¿por qué no iba a ocurrir con la universidad?

La condición institucional de los modos de transmisión social del conocimiento ha cambiado mucho los últimos años y parece que aún lo hará de forma más rotunda. Por supuesto, porque muchos agentes de esa comunicación ni siquiera estamos institucionalizados, pero sobre todo porque: 1) las nuevas tecnologías han abierto un campo que primero multiplica la producción y luego concentra la difusión; y 2) se ha producido la implantación de estructuras y criterios empresariales en la universidad. Una fatal combinación de ambas lógicas, expondré más adelante, permite pensar —y estaré encantado de equivocarme— que en el medio plazo la mayor parte de las universidades del mundo serán un recuerdo del pasado[2].

1. Bourdieu, P. (2008): *Homo academicus*, trad. Ariel Dilon, Siglo xxi, Buenos Aires.

2. Al menos en el sentido y función que ha merecido este nombre, tal y como argumentara hace más de quince años el crítico británico Terry Eagleton en una tribuna de prensa. Véase Eagleton, T. (2010): «The death of universities», en *The Guardian*, 17

Uno de los objetivos de este libro es mostrar cómo un buen número de aberraciones, injusticias y abusos ocurridos en la universidad, lejos de ser fallos del sistema, son estructurales a él. Forman parte, por decirlo así, del reino de lo lógico y previsible, y no por una constitutiva maldad o debilidad humana que quepa remediar con nuevos mecanismos de control y transparencia —que es la opción del discurso institucional—, sino porque tales comportamientos sí son funcionales al imperativo de supervivencia al que la razón neoliberal definida por Laval y Dardot nos aboca[3]. Esto es, proporcionan (o al menos así se considera) ventaja competitiva en un marco donde siempre han de identificarse *nuevos retos por los que luchar*.

En ocasiones anteriores, he defendido que la precariedad es mucho más que un accidente o un problema individual. Asimismo, fenómenos como el plagio, el fraude, la endogamia o el acoso piden ser analizados desde una perspectiva que escape del caso particular y la moralización, de manera que nos ayuden también a entender el tipo de dinámicas que animan tales conductas, su significado estructural y la impotencia de las respuestas oficiales ante las mismas.

Ahora bien, si nos quedásemos sólo en el objetivo de mostrar la afinidad estructural entre la universidad neoliberal y un abanico de expresiones sin duda vergonzantes de la condición humana que no pueden sino brotar bajo estas circunstancias, con un cuadro de esa clase, incurriríamos en un determinismo tan injusto como fatalista. En primer lugar, ignoraríamos la pluralidad de respuestas y formas de adaptación, negación, enfrentamiento y resistencia presentes en la vida académica, convirtiendo las críticas a la institución en condenas morales a sus miembros a partir de un todo homogéneo y sin fisuras. En segundo término, un juicio tal, que concluye la irremediable corrupción del cuerpo institucional y sus componentes, conduce a la tremenda conclusión de que no hay nada que hacer y que no merece la pena mover ni un dedo por cambiar el actual estado de cosas. Porque no hay remedio. Ése es precisamente el momento propicio para toda laya de oportunistas sin escrúpulos y depredadores, que podrán campar a sus anchas sin que nadie se lamente por la suerte de cosas y personas que de todos modos —se dirá— tampoco valían gran cosa. También será la ocasión idónea para el milenarismo académico y quienes depositan sus esperanzas en el día después de un apocalipsis del que no debieran estar tan seguros de que brotará algo bueno. De ahí que, en el análisis y comprensión de un

---

de diciembre. Recuperado de https://www.theguardian.com/commentisfree/2010/dec/17/death-universities-malaise-tuition-fees

3. Laval, C. y P. Dardot (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, trad. Alfonso Díez, Gedisa, Barcelona.

presente frente al que deseamos rebelarnos, también debamos interesarnos por aquellas prácticas que desafían la lógica de la inevitabilidad de lo existente y nos alumbran nuevas caras. Por fortuna, no hay sistema social que cierre herméticamente y en esas grietas[4], que hay que ir ensanchando, radica también un principio de esperanza.

Hipótesis de partida

La universidad se encuentra en un momento histórico inédito, en el que confluyen factores sociales, políticos, económicos y culturales que ejercen una enorme presión sobre un sistema muy cuestionado desde dentro y desde fuera. Persisten ciertos hábitos del pasado, no necesariamente negativos, al tiempo que se han incorporado reformas no necesariamente positivas. Pero también continúan reflejos de las viejas inercias seculares que se han visto perfeccionadas con procedimientos técnico-burocráticos cuya eficacia a menudo parece inversamente proporcional a criterios de justicia, igualdad y libertad intelectual. No puede sorprendernos que el progresivo alineamiento de la investigación y la educación superior con los fines y métodos de la comprensión hegemónica de lo que significa la voz «mercado» tenga como consecuencia la generación de un enorme descontento y malestar, tanto entre el estudiantado como entre el colectivo académico. Una de sus características más novedosas es que su pertenencia e inclusión no siempre está ratificada por un contrato laboral y, cuando éste se da, en la mayoría de los casos es precario.

Observamos, pues, que a la serie de críticas a la universidad tradicionalmente asociadas al postestructuralismo (universidad como dispositivo articulador de las relaciones entre saber y poder, elitista, reproductor de relaciones de dominación y discriminación, con una mentalidad y usos todavía medievales en cuanto a servidumbres y transmisión de autoridades…) se han sumado, como mínimo, las críticas a los efectos más visibles de su mercantilización en curso. Con la cláusula «como mínimo» quiero decir que no estoy seguro de que podamos afirmar que el cuestionamiento del modelo universidad-empresa sea general o mayoritario, pero sí estoy bastante persuadido de que sus efectos son casi unánimemente deplorados. Creo que, incluso ahora, cuando parece que la «ortodoxia económica» pa-

4. Y atender a ellas, como recuerda Erik Olin Wright, puede ser también un principio estratégico: «Una forma de retar al capitalismo es construir relaciones económicas más democráticas, igualitarias y participativas siempre que sea posible en los espacios y grietas de este complejo sistema». Wright, E. O. (2020): *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI,* trad. Cristina Piña Aldao, Akal, Madrid, p. 62.

rece moderar su entusiasmo en torno a las bondades de la globalización[5], cabe recordar estas palabras de Monserrat Galcerán en un importante libro colectivo sobre los cambios que vinieron a cristalizar en la primera década de este siglo: «La mercantilización forma parte de la reconfiguración del sistema capitalista en su conjunto y a escala global. Así pues no basta con denunciarla aisladamente, sino que hay que enmarcarla en el nuevo tipo de capitalismo emergente»[6]. Hoy, tras las sucesivas crisis sistémicas que venimos padeciendo y el despliegue de una agenda política, económica e ideológica que hace de tales períodos excepcionales el estado de normalidad, ese capitalismo no es ya ni tan nuevo ni tan emergente, pero la advertencia nos sirve igual con una mínima actualización. Se trata de enmarcar la evolución de la universidad-empresa hasta su situación actual y su heteronomía con respecto a los procesos de reestructuración económica a nivel global y toda una serie de daños que, no sin razones de peso, se han podido calificar como «criminales»[7], pero a esto se añaden algunos desarrollos y preguntas que no me consta se hayan articulado de un modo similar y que creo que pueden ser útiles.

Una parte sustantiva de este libro se dedica precisamente a mostrar ese puente entre algunos de los fenómenos más lamentables de la universidad actual y el paradigma que los propicia y estimula como soluciones plausibles para competir con alguna ventaja. Es decir, persigo aquí la racionalidad específica de ciertos comportamientos y situaciones que no considero puedan explicarse a partir de meras decisiones individuales. Al contrario, procuro desentrañar cuál es la funcionalidad sistémica de una serie de fenómenos que producen sufrimiento y, con más o menos tino, generan justa protesta. Dejémoslo claro desde el principio, nada de lo cual excluye la responsabilidad individual de cada cual. La cuestión es que la explicación no se agota ahí. Dicho en pocas palabras, que todos podemos ser «buenos» o «malos» y

5. Recordemos, cuando hoy el llamado antiglobalismo se ha convertido en una de las señas de identidad de la extrema derecha (global), cómo a finales de los noventa y primeros 2000 se caricaturizaba la crítica de los movimientos antiglobalización como radicalismo izquierdista.

6. Galcerán, M. (2010): «La educación universitaria en el centro del conflicto», en Edu-Factory y Universidad Nómada (comps.): *La Universidad en conflicto. Capturas y fugas en el mercado global del saber*, Traficantes de Sueños, Madrid, p. 31.

7. Cf. García López, I., Montemayor Delgado, I., Vila Viñas, D. y Jiménez Franco, D. (coord.) (2020): *La Academia Criminal. Daño social, conflicto y resistencias en el Mercado de la Educación Superior (una década de Plan Bolonia)*. Grupo de Trabajo Fear and Looting in the Periphery / European Group for the Study of Deviance and Social Control. Recuperado de https://unenormecampo.files.wordpress.com/2020/03/la-academia-criminal.-x-aniversario-bolonia.pdf

que mejor que seamos buenos; eso, ya lo tendríamos. Lo que merece la pena preguntarse es por qué, bajo ciertas circunstancias, hay conductas que se perciben como legítimas y beneficiosas aunque entren en contradicción con los propios valores a los que uno se siente vinculado. Qué circunstancias son ésas y cómo operan es lo que hay que esclarecer. Si estoy en lo cierto, ello permitirá comprender mejor qué permanece y qué ha cambiado en la condición académica. O en su corolario: qué merece la pena conservar, recuperar o traer de otros lugares.

Esta doble dimensión de continuidad y cambio ofrece la posibilidad de reconocer la emergencia de algo distinto, pero no completamente desconectado de su pasado. La condición académica ha mutado de suerte que incorpora no sólo tareas nuevas (burocráticas, administrativas, pastorales, comunicacionales, de captación de fondos…), sino sobre todo un *ethos* nuevo relacionado con la empresa y el emprendedurismo, en lo que podríamos denominar el giro postindustrial del mundo universitario. Además del tiempo que todas estas funciones requieren —en detrimento de las energías dedicadas a la investigación y/o a la docencia—, demandan una disposición especial, una mirada sobre el día a día profesional capaz de rentabilizar al máximo cada acción y cada esfuerzo. Hay una exigencia de cálculo constante, un imperativo de aprovechamiento y retorno de la inversión.

Estaremos de acuerdo en que nada de esto tiene que ver con una comprensión de la condición académica en su significado tradicional, vinculado básicamente al ideal de, por las razones que sea, contar a otros parte de lo que uno había estudiado o estaba estudiando y consideraba importante conocer[8]. En una estampa de este estilo es normal encontrarse con que muchos hombres y mujeres de la academia tienen dificultades para identificarse con su empleo, al que incluso pueden llegar a considerar como un paradójico obstáculo para el desempeño de su profesión. El extrañamiento y el sentimiento de inadecuación forman ya parte de cualquier descripción del malestar universitario[9].

En un contexto ideológico neodarwinista, la principal inquietud laboral consiste en la supervivencia. Para la mayoría de quienes tienen empleo, sus esfuerzos habrán de destinarse a tratar de conservarlo. Para quienes no lo

8. Este genérico «contar» tiene múltiples concreciones a partir de factores históricos, culturales y, desde luego, también caracterológicos: persuadir, instruir, adoctrinar, acompañar, descubrir, son sólo algunos modos en que el que el *contar docente* puede tener lugar.

9. Cf. Jaremka, J. et al. (2020): «Common Academic Experiences No One Talks About: Repeated Rejection, Impostor Syndrome, and Burnout», en *Perspectives on Psychological Science*, Vol. 15 (3), pp. 519-543. Recuperado de https://doi.org/10.1177/1745691619898848.

tienen, claro, la prioridad es conseguir uno; en el caso que nos ocupa, uno que sea compatible con el mantenimiento de la vocación y la actividad académica. Este biologicismo elemental del campo universitario ha penetrado tan profundo que, en la jerga propia de estos ambientes, se utilizan también los calificativos de «vivo» y «muerto» para referirse incluso a los proyectos de investigación en curso o administrativamente concluidos. Como siempre, las metáforas importan y nos señalan algo más que una relación figurada. Así que, incluso quienes dirigen proyectos, funcionarios con su supervivencia laboral garantizada, tampoco escapan de estas dinámicas mórbidas ni de la constante competición por una prórroga que los mantenga en pie o los permita respirar. Por lo demás, el fomento de la competitividad entre individuos, entre grupos, entre proyectos, entre áreas de especialización, entre centros, es una auténtica fábrica de sospecha y suspicacia que acaba contaminando todo el conjunto. Sumemos a todo esto las restricciones financieras como herramienta de control político y es muy probable que convengamos en que, de un modo u otro, todo el mundo tiene argumentos para sentirse, como poco, bajo alguna amenaza existencial.

Teniendo estos factores en cuenta, es inevitable trazar ciertas afinidades con la situación general de la figura del intelectual. Voy a destacar dos aquí: la dificultad para plantearse un proyecto a largo plazo y los problemas para una legitimación social de su propia actividad. El primero de los casos parece bastante evidente, pues las condiciones institucionales (e incluso para muchas personas, las condiciones materiales de vida más básicas) en las que habría de desarrollarse un proyecto de largo aliento son un misterio y, por qué no decirlo, un proyecto en sí mismo. El segundo punto tiene una motivación adicional, que resumiré así: desde un punto de vista funcional, en un sistema que hace de la competitividad su piedra angular y de la supervivencia el objetivo estratégico de todos sus individuos, los recursos deben dirigirse a incrementar las opciones de éxito, o sea, lo que más convenga a tal fin. El sistema empuja a una adaptación individualista al medio y esto, entre otras consecuencias, produce una incómoda contradicción cuando se trata de buscar una sanción social positiva. Es decir, el sistema fomenta el individualismo al mismo tiempo que apela al beneficio social para su conservación.

Confío en que se entienda que estoy hablando del discurso, no digo que esto se cumpla por completo ni que la argumentación sea del todo justa, pero creo que aquí se localiza uno de los motivos fundamentales de la pérdida de consideración social de la universidad: «si las agendas responden a criterios de interés particular, ¿por qué habría de importar a nadie más que a ustedes si llevan a cabo o no eso que hacen?». Bastantes páginas de este libro podrían leerse como un comentario a este reproche, que tiene parte de

razón. La otra parte, sin embargo, es la que también debe tenerse en cuenta y desde la que se pretende razonar de una manera distinta.

Otro elemento diferenciador a la hora de analizar la condición académica del presente es la irrupción de la precariedad. Como he señalado anteriormente, precariedad aquí no equivale a pobreza[10], que evidentemente tiene una historia mucho más larga y complicada. Hablamos de precariedad para referirnos a un fenómeno vinculado a las transformaciones en las relaciones laborales sobre todo desde los años noventa y su coincidencia con lo que se conoce como desmaterialización del trabajo merced a, entre otros factores como la desregulación del mercado laboral, las nuevas tecnologías. La cuestión es que nos encontramos ante la insólita circunstancia de que hay cada vez más personas con formación y acreditación académica fuera de las instituciones que dentro. Y, entre las que están dentro, también son más las que se encuentran en una situación precaria. Un dato fundamental de este estado de cosas: la circulación y renovación de las plantillas, así como lo que podría llamarse *la producción industrial de nuevo personal académico*, ha sido tan desacompasada que las diferencias de estatus entre unos y otros no necesariamente son proporcionales ni a la cantidad ni a la calidad de trabajo realizados. Como es natural, esto sólo puede conllevar nuevos problemas y disfunciones, pero lo fundamental ahora es subrayar que uno de los rasgos del precariado intelectual es que su condición académica no tiene por qué aparejar una inserción institucional regular; incluso, como ese extraño eufemismo de «investigador independiente» (¿independiente de qué?) pretende homologar para hacer acaso más respetable, ni regular ni irregular, ninguna inserción en absoluto[11]. En consecuencia, para un número nada despreciable de individuos, su condición académica está desgajada del tiempo y del espacio: no saben cuánto durará ni dónde se desarrollará, ni cuándo. Por tanto, ignoran también cómo y junto a quién y si encontrarán la posibilidad de mantenerla. Lo iremos viendo, se trata de modificaciones lo suficientemente importantes en términos cuantitativos y cualitativos como para defender que estamos autorizados a revisar nuestro marco de análisis.

10. López Alós, J. (2019): *Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

11. A decir verdad, expresiones más justas de todo esto serían fórmulas como «académica sin adscripción», «académica con adscripción intermitente» o hasta «académico en busca de adscripción».

Cuestiones de estructura y método

El inicio de este trabajo tiene un cariz más general y de mayor abstracción teórica. Su objetivo principal es dilucidar en qué consiste la condición académica hoy y por qué y en qué sentido podemos hablar de *homo postacademicus* cuando nos referimos a ella. Para que esta operación pueda entenderse mejor, examinaremos el contexto en el que todo esto tiene lugar fijándonos en una serie de elementos que, al menos a mi juicio, resultan muy representativos de la lógica de la universidad neoliberal y sus consecuencias: retórica, afectos y población.

Con este objetivo, me parece también fundamental mostrar la compatibilidad discursiva entre el fenómeno de la precariedad y la centralidad de los llamados a la excelencia, así como sus efectos prácticos en el incremento de la exclusión. De este modo, defiendo que la excelencia, en su inserción en el paradigma general de la meritocracia, opera en realidad como un dispositivo de precarización. Con el mismo propósito de un tratamiento a contrapelo de ciertos valores de consenso en la universidad neoliberal, incorporo una problematización de la movilidad académica para señalar las sombras de un principio cuyo prestigio e implicaciones parecen escapar de cualquier consideración crítica.

La atención al incremento de la desigualdad, a partir de (aplicaciones prácticas de) reclamos ideológicos, sirve para encuadrar mejor la tesis de que la universidad-empresa del tardocapitalismo desarrolla políticas de control y selección de población que podemos llamar neomaltusianas. Desde luego, ésta es una diferencia fundamental con las transformaciones universitarias de las que hablaba Bourdieu relativas a la demografía.

Con cifras de alrededor de 30.000 nuevos doctores al año en Alemania o Reino Unido, 15.000 en Francia y más de 10.000 en España e Italia —por citar algunos ejemplos—, resulta evidente que la capacidad de absorción de nuevas incorporaciones está desbordada. Es legítimo preguntarse si los cientos de miles de estudiantes de doctorado de éstos y otros países conocen esta clase de datos y su incidencia en la estimación de sus probabilidades de transitar en algún momento hacia la estabilización profesional. Desde la perspectiva institucional, la contradicción parece insoluble: una población investigadora que se admite no poder atender como es debido, pero que cada centro debe competir por aumentar; la formación de una masa investigadora en condiciones subjetivas de aspirar a todo, pero en imposibilidad objetiva de integrarse en el sistema, sometida a un permanente estado de disponibilidad. En ambos casos, a la postre, opera una lógica de acumulación del mayor número de opciones posible y, por ende, de irresponsable generación de obsolescencia programada y descartes. Entendámonos desde